

Sonetos en prosa

Despedida

A punto de morir,
vuelvo para decirte no sé qué
de las horas felices.
Contra la corriente.

No sé si lucho para no alejarme
de la conversación en tus orillas
o para restregarme en el placer
de ir y venir del fin del mundo.

¿En qué momento pasa de la página al limbo,
creyendo aún leer, el que dormita?
La corza en tierra salta para ser perseguida
hasta el fondo del mar por el delfín,
que nada y se anonada, que se sumerge
y vuelve para decirte no sé qué.

Trasmisión nocturna

Las selvas africanas, el Nilo
que se desborda, las costas de Grecia,
una sonrisa imperceptible, las ciudades:
todo reducido a mirada, pintura, telefoto.

El robo del fuego, la expulsión
del paraíso, la poesía, la construcción

de templos, las batallas, el poder y la gloria:
todo reducido a leyenda, historia, teletipo.

La noche duerme y el reloj habla solo:
trasmite el mundo, las constelaciones,
la historia universal.

En el delirio del tic tac binario,
el universo se expande con la lentitud
de la hierba: todo pasa reducido a silencio.

Fray Luis

La urgencia y qué, sumergida en el sueño,
tantos años después. La casa a oscuras
por el camino al baño.

Claridad

de versos olvidados,
de fragmentos de luna entre las ramas,
como una extraña cita de memoria,
acudiendo de siglos, esperándome

en la ventana, recobrando la forma
de un soneto que vuelve en el ramaje
sonámbulo de versos, tantos años después.

La urgencia y qué mueve la luna,
la memoria,
la vejiga en las sombras.

Inminencia

Contra furiosos vientos, valiéndose
de las paredes, de los barandales
del hábito, para sostenerse.

Sueño, rey de la selva.

Ráfagas crueles de lucidez.

Válvula, bomba del corazón, portazo.

Ramas llevadas por la tempestad: secretarias
en vilo, por la tromba de un elevador.

El rictus del ahogo en este limbo de la morgue,
en esta lata de sirenas *à la crème du Barry*.

El tiempo suspendido,

mientras no se demuestre lo contrario.

A las puertas del cielo había un reloj
dando la comunión.

Fénix

Las furias llegan desde cielos tranquilos,
en un viraje mínimo de la memoria,
como un chirrido eléctrico
en las líneas de alta tensión.

A lo lejos se funde el aire seco
de la conciencia, la verdad
asesina, el tiempo derretido
en borbotones de cristal.

Las furias llegan como pájaros
carniceros que saben la verdad
última.

Ante el revuelo atronador, renace
la gratuidad furiosa
en la demencia de las víctimas.

Agua rizada

En los manantiales del tiempo,
no hay prisa ni presión. El espacio
crece de espacio
como un álamo.

En el espejo está la eternidad
que se queda mirada.
Cuando, por fin, dichosa, parpadea,
el tiempo nace como interrupción.

El tiempo, la costilla de Narciso,
es una astilla de la eternidad,
espejo roto de Eco en Eco.

El tiempo irrumpe cuando ya no hay tiempo.
Te amo, eternidad
fugitiva. Dichosa interrupción: detente.

Últimas noticias

¿Habías vuelto a ver pájaros?
Desenjaulados, libres del piterío infernal,
unos cuantos burócratas vuelven a ser gorriones,
olvidados de ti, en la eternidad.

Buscan migas de tiempo y lo suspenden.
Hacen migas, y con cuánta razón,
si todo pasa y no pasa nada.
Así crece la yerba, lenta como un reloj.

El oasis se extiende. Embotellados
para siempre, por fin hemos llegado.
¿Ya viste el fin del mundo?

Salían de millones de automóviles
a bailar un danzón, desenjaulados,
mientras subían al cielo, de fiesta por las nubes.

Gabriel Zaid

